

mo, en el libro octavo da un compendio de dialéctica para demostrar contra los pirrónicos que hay conocimientos ciertos, y por qué medios pueden adquirirse.

Todos los críticos están de acuerdo para alabar la elocuencia y la erudición que brillan en las obras de Clemente de Alejandría. En efecto, ostenta en todas ellas una variedad prodigiosa de conocimientos, tanto en las ciencias humanas, como en la Escritura, y pocos santos Padres hay de los antiguos, cuyos escritos contengan mas cosas interesantes. Además de una multitud de hechos relativos á la historia profana y pasajes sacados de los autores paganos, se encuentran en sus libros los monumentos mas preciosos para la historia de la religion, y da sobre todo testimonios auténticos de la tradicion tocante á la mayor parte de los dogmas controvertidos por los hereges de los últimos tiempos. Enseña que los escritores sagrados, tanto del antiguo como del nuevo Testamento, no escribieron nada sin inspiracion del Espíritu Santo; pero que á veces no deja de ser difícil de comprender la verdad en medio de las oscuridades que la rodean, y que se llega á descubrirla por la tradicion y la enseñanza de la Iglesia. “Los hereges, dice, se sirven de las Escrituras; pero suprimen libros enteros, y mutilan los otros alterando su contexto. Escogen algunos pasajes que cotejan é interpretan á su modo, unas veces fijándose en la letra sin penetrar su espíritu; otras dándole un sentido nuevo, y gloriándose de sutilizar mas que los antiguos, cuando deberían tenerse por dichosos de conservar la tradicion que habian recibido. Como todas las heregias han salido de la Iglesia mas antigua y la única verdadera; como siempre puede indicarse su principio; con esto solo se los convence de haber innovado y no conservar la verdadera doctrina.” Reconoce expresamente que el hombre goza del libre albedrio; pero que necesita del auxilio de la gracia para obrar el bien, para tener buenos pensamientos, para conocer á Dios, para vencer las tentaciones, para abrazar la fé, y para vivir en la continencia. No es menos categórico acerca de la Eucaristia, porque dice que es la carne y la sangre del Verbo encarnado, que nos da la una y la otra por alimento. Se expresa claramente acerca del purgatorio, y enseña en varios lugares, que los fieles que mueren sin haber expiado del todo sus pecados en este mundo, deben expiarlos en el otro antes de entrar en el cielo. Finalmente, declara que todos los hombres nacen con el pecado original, y expone con mucha claridad el beneficio de la redencion, sabiendo hasta la caida del primer hombre. Con respecto á la disciplina, dice que los cristianos ayunaban dos veces á la semana, el miércoles y el viernes; que celebraban los divinos misterios de noche; pero que no dejaban de tener horas determinadas para orar de dia; á saber, tertia, sexta y nona; y que se habia establecido este uso en honor de la Trinidad, como el de volverse hácia el Oriente servia para recordar la revelacion cristia-

na que habia sacado á los hombres de las tinieblas con la luz del Evangelio.

Restan algunos fragmentos de una obra que Clemente alexandrino habia compuesto con el título de *Hipotiposes*, y que era una explicacion compendiada de toda la Escritura. Si se ha de juzgar por ellos y por la idea que nos da Focio; dicha obra estaba plagada de errores y de fábulas, tomadas de la filosofia pagana ó de las heregias de los gnósticos; lo que ha hecho creer á algunos críticos, que el autor la compuso antes de estar bien instruido en las verdades de la fé, y con el objeto de conciliar la doctrina cristiana con las ideas de Platon. Pero como ni Eusebio ni San Gerónimo que han hablado de las *Hipotiposes*, dicen nada de los errores graves que Focio menciona, es mas probable que estos hayan sido ingeridos mas adelante por los hereges, que tomaban á empeño corromper los escritos de los mas ilustres doctores. Hay que convenir, sin embargo, que Clemente de Alejandría parece que dió demasiada importancia á la filosofia, y que echa mano de ella con muchisima frecuencia, particularmente en sus *Estromas*. Déjase llevar sobre todo, de su afición á las alegorías y á los sistemas, y puede creerse que la trasmitió á sus discípulos, y contribuyó á lo menos con su ejemplo á aumentar una disposicion análoga que se observa en Orígenes. En general, se ha imputado á la escuela de Alejandría, una inclinacion muy declarada á la filosofia de Platon; y aunque la pasion y el espíritu de secta han solido exagerar este cargo, es cierto que los gefes principales de dicha escuela, no siempre han hecho bastante caso de la sencillez de la fé, y que se han preocupado demasiado con ciertas teorías sistemáticas, inventando explicaciones fundadas en la metafísica, so pretexto de resolver las dificultades que los filósofos paganos les proponian. Estas preocupaciones que extraviaron á veces á Clemente, y sobre todo á Orígenes, deben atribuirse tal vez á la influencia de las doctrinas filosóficas enseñadas entonces en la escuela pagana de Alejandría. Mucho tiempo hacia que esta habia admitido un sistema de eclecticismo, que permitia conciliar hasta cierto punto la filosofia con el cristianismo. Su profesion era no apeparse á ninguna secta en particular, sino escoger de todas lo que enseñaban de cierto, para formar un nuevo cuerpo de doctrina con estos elementos sacados de manantiales diferentes. Conforme á esta idea, dice Clemente en el libro primero de sus *Estromas*, hablando de la filosofia cuyo elogio hace, que no da este nombre á la de los estoicos, ni á la de Platon, ni á la de Epicuro ó Aristóteles, sino á la eleccion de lo que hay de cierto en la doctrina de dichas sectas. Si manifiesta despues, como Orígenes, alguna preferencia á la filosofia de Platon, es porque parecia acercarse mas á los principios del cristianismo en cuanto á la existencia de un solo Dios, la naturaleza del alma, los castigos y las recompensas de la vida futura. Por lo

demas, afirma que aquel filósofo habia sacado una parte de su doctrina de los libros de los hebreos; pero que al apropiarse sus dogmas, los habia alterado por no comprenderlos ó por aparentar que enseñaba algo de su invencion. Por su parte hace profesion de conformarse con la tradicion, y de reproducir las lecciones de los maestros que le habian instruido en la doctrina de los apóstoles; lo que manifiesta que la filosofia adoptada por estos doctores cristianos, tenia su regla necesaria en la autoridad de la revelacion y en la ensenanza de la Iglesia: que no era la eleccion de una doctrina hecha por cada uno segun sus luces; y que si han discurrido sistemas poco conformes á la fé cristiana, es por no haber sido fieles á su propio principio. Volveremos á hablar mas adelante de la escuela pagana de Alejandria, de donde salieron una multitud de sofistas, que se señalaron entre los enemigos mas peligrosos y encarnizados que el cristianismo tuvo que combatir en los primeros siglos.

Mientras que tantos doctores católicos explicaban ó defendian la doctrina de la Iglesia; los hereges no cesaban de combatirla, y en el reinado de Cómodo se ven nacer varias sectas nuevas, cuyos errores tenian mas ó menos conexión con la filosofia pagana ó con las heregias ya existentes. Hermógenes enseñó que la materia era eterna, y que Dios no la habia sacado de la nada, sino que la habia dispuesto al criar el mundo; de modo que todas las imperfecciones de las criaturas y el mal que es su consecuencia, debian atribuirse á la naturaleza viciosa y rebelde de los elementos creados de que Dios habia tenido que valerse, porque esta cuestion del origen del mal y la presuncion de explicarla, daban casi siempre márgen á las heregias de los primeros tiempos. Las mismas almas, segun Hermógenes, eran materiales, así como los demonios, y debian disolverse un dia para volver al seno de la materia primera. Como los elementos de que se han formado los astros, son lo mas perfecto que hay en la materia, suponía tambien que el cuerpo de Jesucristo habia sido sacado del sol, y que habia vuelto á él despues de la Ascension. Este hereciarca era pintor y filósofo, y habia tomado sus errores de la secta de los estoicos. Parece que habia empezado á propagarlos á la conclusion del reinado de Marco Aurelio; porque se cree que San Teófilo de Antioquia le habia refutado en un libro que no existe. Aun estaba dogmatizando en Africa despues del año 200, cuando Tertuliano escribió contra él. Tambien hubo en Galacia un Seleuco y un Hermias que enseñaron errores análogos, afirmando igualmente, que la materia era eterna como Dios; que las almas de los hombres eran formadas de elementos terrenos; y que el cuerpo de Jesucristo estaba en el sol. Creían ademas, que el mismo Dios era corporal: que las almas habian sido criadas por los ángeles; y que no hay otro infierno que este mundo, ni otra resurreccion que la generacion ordinaria. Des-

echaban el bautismo de agua, esperando un bautismo de fuego y de aire sutil que debia purificar ó sustituir á los elementos corrompidos de que se componian las almas.

La secta de los teodocianos comenzó algun tiempo despues de la de Hermógenes, y tuvo por gefe á Teodoto, de Bizanzo, de oficio simple curtidor; pero muy instruido en las bellas letras y en la filosofia. Habiendo sido preso de órden del gobernador, con otros varios cristianos que padecieron el martirio, apostató y huyó á Roma, donde esperaba ocultar su falta. Pero no tardó en saberse; y como no pudo soportar la confusion y las acusaciones que le atrajo; discurrió sostener, para justificarse, que no habia renegado sino de un simple hombre, suponiendo con los cerintianos y los ebionitas, que Jesucristo no era superior á la humanidad mas que en la mayor santidad y virtud. Por el mismo tiempo enseñó tambien en Roma este error un tal Artemas ó Artemon, que formó una secta particular denominada de los artemonitas. Todos los que adoptaron esta doctrina impia, recibieron en general el nombre de *aloges*, como que desechaban el Verbo y al mismo tiempo el Evangelio de San Juan, donde se prueba claramente la divinidad del Verbo. Teodoto de Bizanzo fué excomulgado por el Papa Victor, como tambien Artemas; pero no por eso dejaron sus discípulos de sostener con una osadía inconcebible, que todos los antiguos y aun los apóstoles, habian enseñado la doctrina de dichos herejarcas: que se habia conservado hasta el tiempo del Papa Victor, el decimotercero de los soberanos Pontífices despues de San Pedro; y que Zelferino, sucesor de aquel, era el primero que habia hecho innovacion en este punto, y alterado la verdad. Esta ridicula aseveracion de los artemonitas y de los teodocianos se refiere en los fragmentos que Ensebio ha citado de un autor antiguo que habia escrito contra ellos, y que se cree sea Cayo, presbítero de Roma, muy celebre al principio del siglo III. «Lo que dicen, añade este autor, podria ser creíble si no estuviesen en contra de su dicho las divinas Escrituras y las obras de varios escritores católicos anteriores á Victor, tales como Justino, Milciades, Taacion, Clemente y otros muchos, todos los cuales enseñan expresamente la divinidad de Jesucristo. ¿Quién no tiene tambien noticia de los libros de Ireneo, de Meliton y de los demas que asientan que Jesucristo es Dios y hombre todo á un tiempo? ¿Cuántos himnos y cánticos tenemos compuestos desde el principio por los fieles, en donde se canta que Jesucristo es el Verbo de Dios y Dios tambien! Supuesto que la doctrina de la Iglesia se ha enseñado así públicamente tantos años hace, ¿cómo puede sostenerse que se predicó hasta el tiempo de Victor lo que suponen estos hereges? ¿Cómo no se avergüenzan de profirir semejante calumnia contra el mismo Victor, sabiendo que este Pontífice excomulgó á Teodoto el curtidor, autor y gefe de aquella secta de apóstatas que niegan la divinidad de Jesucristo? Si Victor admitia su im-

piedad, como se atreven á decirlo, ¿por qué echó de la Iglesia á Teodoto que introducía dicha heregia? Esto debe entenderse en el sentido de que Teodoto fué el primero que la introdujo en Roma.

El mismo autor añade, hablando de estos hereges: "Han tenido la audaz temeridad de alterar las santas Escrituras, y han desechado al mismo tiempo la regla de la antigua fé. Por último, desconocen al mismo Jesucristo, y despreciando lo que dicen los libros santos, no piensan mas que en estudiar á Euclides, á Aristóteles, á Teofrasto ó á Galeno. Aficionándose á una dialéctica frívola, y queriendo decidirlo todo por silogismos, se valen del arte de los paganos para probar sus opiniones, y de la sutileza de los impios para corromper la sencillez de las Escrituras, so pretexto de corregirlas. Todo el mundo puede fácilmente convencerlos de esto, y basta cotejar sus ejemplares para ver la diferencia. Los de Asclepiodoto no concuerdan con los de Teodoto, y es fácil hacerse con copias de ellos, porque los discípulos de uno y otro, han tenido cuidado de sacarlas en gran número, para proporcionarse las supuestas correcciones de sus maestros. Los ejemplares de Hermólio no están conformes con los de que acabo de hablar, y los de Apolonio no están de acuerdo ni aun entre sí, porque las primeras copias que publicó son muy diferentes de las últimas. Es imposible que no conozcan ellos mismos cuán criminal es su temeridad. En efecto, ó no tienen fé si no creen que el Espíritu Santo dictó las santas Escrituras; ó se parecen al demonio si se tienen por mas hábiles que el Espíritu Santo. No pueden negar que estas alteraciones provienen de ellos, mas que los ejemplares en que se hallan están escritos de su propio puño, y no pueden manifestar ningun ejemplar mas antiguo de donde hayan sacado aquellas copias, porque no han recibido así las Escrituras de mano de los que les dieron las primeras instrucciones. Algunos de entre ellos ni aun han querido tomarse el trabajo de alterar las Escrituras; sino que pasando de pronto al último grado de ceguedad, han desechado absolutamente la ley y los profetas, so pretexto que debía bastar la gracia del Evangelio."

Por este pasaje se ve cuáles fueron los principales discípulos de Teodoto el curtidor. El mas célebre fué otro Teodoto, por sobrenombre el banquero ó el cambiante. Enseñaba igualmente que Jesucristo no era mas que un simple hombre, aunque concebido por obra del Espíritu Santo; y le hacía ademas inferior á Melquisedech, afirmando que éste era un ángel ó una virtud celestial, porque está escrito de él que no tiene padre, ni madre, ni genealogía. Añadía que Melquisedech era el intercesor y el mediador de los ángeles, como Jesucristo lo era de los hombres; de modo que el primero era superior por la dignidad de su ministerio, tanto como por la excelencia de su naturaleza. Este error particular hizo dar el nombre de melquisedecianos á los sectarios de Teodoto el banquero. Parece, según el testimonio de San Gerónimo, que Orige-

nes y algunos discípulos suyos creían tambien contra el sentir comun de la Iglesia, que Melquisedech era un ángel y no un hombre; pero estaban lejos de hacerle superior á Jesucristo.

Refiérese tambien hácia el fin del segundo siglo, y con corta diferencia cuando empezó la secta de los melquisedecianos, el origen de otra heregia cuyo autor fué un tal Praxeas, de quien hablaremos mas adelante con motivo del libro que Tertuliano escribió contra él. Negaba la distincion de las personas divinas, y enseñaba que el Padre era el que habia tomado cuerpo en el seno de la Virgen; de modo que fué el precursor de Sabelio, que renovó esta heregia á mediados del siglo tercero. (1)

El Papa San Victor, que condenó los errores de los Teodocianos, habia sucedido á San Eleuterio el año 192. Lo que hizo célebre su pontificado fué la disputa que se suscitó, y los concilios que se congregaron en diversos parages con motivo de la Pascua. Ya se ha visto antes que las Iglesias del Asia menor, celebraban esta fiesta el dia catorce de la luna del primer mes, mientras que las demas Iglesias, y particularmente la de Roma, diferían la celebracion hasta el domingo siguiente al dia catorce, observando en esto el uso que habian recibido de los apóstoles. Después de haber conferenciado San Policarpo y San Aniceto sobre este punto de disciplina, y no habiendo podido concordar, convinieron en que cada Iglesia guardase su costumbre. Parece solamente que San Sotero y San Eleuterio obligaron á los asiáticos que iban á Roma durante la Pascua, á seguir el uso de esta Iglesia, según la regla general de conformarse en materia de disciplina con la costumbre de los lugares donde uno se encuentra. Pero como los montanistas, no contentos con seguir la práctica del Asia, querian hacerla obligatoria por la autoridad de su Paráclito, se ventilo de nuevo la cuestion bajo el pontificado de Victor, que tenia nuevas razones para no guardar los mismos miramientos que sus predecesores; porque Blasto, presbítero de la Iglesia romana, que habia promovido un cisma y seducido á algunas personas, defendía, entre otros errores, que no se podia celebrar la Pascua otro dia que el decimocuarto de la luna; de manera que haciéndose peligrosa la disidencia, parecia que ya no debía tolerarse.

(1) Debemos mencionar aquí dos versiones griegas de la Biblia, que aparecieron en el reinado de Cómodo. La primera fué la de Simmaco, sumiriano de nacion y de religion, y que se hizo después judío, abrazando luego la secta de los ebionitas para la cual hizo probablemente su version; porque los ebionitas recibieron á veces el nombre de aquel. No concuerdan los autores acerca del año en que se publicó dicha Biblia. La segunda fué la de Teodocion, natural de Efeso, que después de haber sido discípulo de Taciano, se hizo marcionita y luego abrazó el judaismo; publicóse hácia el año 185. San Ireneo acusa á Teodocion de haber debilitado algunas profecias relativas á Jesucristo. No quedan sino algunos fragmentos de estas dos versiones.

El Papa congregó un concilio en Roma por el año 196 para tratar de este asunto, y escribió al mismo tiempo á los principales obispos de Oriente, convidándolos á reunir á los de su provincia. Eusebio trae un fragmento de la carta sinodal que se compuso en el concilio de la Palestina, donde presidian San Teófilo de Cesarea y San Narciso de Jerusalem, y al que asistieron algunos obispos de Siria. Después de apoyar sólidamente la costumbre de celebrar la Pascua el domingo, conforme á la tradicion que decian haber recibido de los apóstoles, los obispos concluian así su carta dirigiéndose al Papa: "Os pedimos que enviéis cópias de nuestra carta á todas las Iglesias, no sea que se nos impute la culpa de los que se enredan temerariamente en el error: os hacemos saber tambien que la Iglesia de Alejandria celebra la Pascua el mismo dia que nosotros." Eusebio cita tambien los concilios de la Grecia, de las Galias, del Ponto y de la Mesopotamia, todos los cuales de comun acuerdo pronunciaron un fallo semejante, y decidieron que la Pascua no debía celebrarse sino el domingo.

Policrato, obispo de Efezo, reunió tambien á los obispos del Asia conforme á la exhortacion del Papa; pero no concordaron con la decision general, y Policrato escribió una carta al Papa, en la que declara que á pesar de todas las amenazas, está resuelto á no mudar de parecer. Ensalza primero la tradicion de su Iglesia que refiere á San Policarpo, á San Felipe el diácono y hasta San Juan evangelista, y añade despues: "Yo, que sirvo al Señor hace sesenta y cinco años, que he estado en comunicacion con los hermanos de todas las partes del mundo, y que he estudiado cuidadosamente la Santa Escritura, no me asusto de las amenazas que se nos hacen, porque he aprendido que era menester obedecer á Dios antes que á los hombres. Podria poner aquí los nombres de los obispos que he congregado conforme á vuestras órdenes: os admirarais de su número, pues todos han aprobado esta carta, sabiendo que no en vano llevo estas canas, y que me he conducido siempre segun Jesucristo."

Policrato olvidaba al parecer que la costumbre de los asiáticos, fundada en una condescendencia que habia tenido sus motivos como la tolerancia de algunas otras prácticas legales, no podia considerarse como una regla permanente; que si algunos hombres apóstólicos la habian observado por miramiento á los judíos, que eran muchos en el Asia menor, no lo habian hecho ley; y que no existiendo ya las mismas causas, era por el contrario justo que una sola provincia no se resistiese por mas tiempo á conformarse con el uso general de la Iglesia sobre un punto de tanta importancia. Así el Papa Victor, viendo esta obstinacion, y temiendo sin duda que proviniere de un error contra la fé, creyó que no debía tolerar mas este apego inexplicable de los asiáticos á su costumbre particular. Manifestó intencion de separarlos de la comunión de la Iglesia, y

aun creen algunos autores que en efecto los excomulgó. Pero no todos los obispos miraron como oportuna esta severidad. Algunos escribieron al Papa exhortándole á que no excomulgara Iglesias enteras por simples cuestiones de disciplina. De ellos fué San Ireneo, y nos quedan aún fragmentos de su carta. Aunque no aprobaba la costumbre de los asiáticos; hizo notar sin embargo que esta diversidad duraba hacia mucho tiempo sin haberse alterado la paz, y recordó lo que habia pasado entre San Policarpo y San Aniceto. Añadió que la diferencia de las costumbres recaia tambien sobre el ayuno, creyendo unos que no debian ayunar sino un dia, otros dos ó mas, y que sin embargo de estas prácticas diversas, no se habia roto la unidad. San Ireneo habla aquí únicamente de los ayunos de la semana santa, que eran los mas rigurosos de todos, de modo que se pasaba un dia ó mas sin tomar ningun alimento. Se cree que esta carta al Papa Victor, es la sinodal del concilio de las Galias, celebrado con este motivo por San Ireneo: tambien escribió á varios obispos sobre esta cuestion, exhortándolos á mantener la paz. Estas representaciones determinaron sin duda al Papa á no ejecutar sus amenazas, ó á suspender el efecto de su excomunion si ya estaba decretada, porque parece cierto, segun testimonios antiguos, que no se rompió la unidad por esta diversidad de costumbres, que subsistió en algunas Iglesias de Oriente hasta el concilio de Nicea. El Papa San Victor murió el año de 202: sucediéndole San Zeferino.

El emperador Cómodo, despues de reinar doce años y nueve meses, fué muerto el último dia del 192 por algunos oficiales de su palacio, á quienes habia resuelto quitar la vida al dia siguiente: instándoles del intento de aquel príncipe por haber caido en sus manos una lista de proscriptos en que estaban sus nombres con el de Marcia su concubina, se anticiparon al emperador y le dieron veneno ó hicieron que un atleta le ahogase en el baño. Fué elevado al trono Helvio Pertinax, anciano venerable que habia pasado por todos los empleos; mas de allí á tres meses le asesinaron los soldados pretorianos, cuyos desórdenes queria reprimir. Despues de su muerte, éstos sacaron el imperio á subasta, y habiéndoles ofrecido mayor suma Didio Juliano, jurisconsulto muy rico, fué reconocido por los pretorianos á pesar del pueblo y sin el benéplcito del senado, que no dejó de confirmar la eleccion. Pero á muy poco tiempo el ejército de Oriente declaró emperador á Pescennio Niger, que mandaba en Siria, y casi á la misma razon fueron proclamados otros dos generales en las provincias, Septimio Severo en Pannonia, y Claudio Albino en la Gran Bretaña. Severo se adelantó inmediatamente hácia Roma, y Juliano, abandonado de sus soldados, fué condenado á muerte por el senado, que se apresuró á reconocer á Severo el 2 de Junio del año 193.

Este, al principio, fingió componerse con Albino, le dió el título de César, y partió á los pocos dias para el Oriente, donde derrotó

el ejército de Níger, y redujo á algunos príncipes que habían tomado el partido de este competidor. Volvió despues á combatir á Albino, que fué destruido en campal batalla cerca de Leon, á principio del año 197. Severo, dueño único del imperio, volvió á Oriente á hacer la guerra á los partos, y en 198 dió el título de Augusto á Caracalla, su hijo primogénito, y el de César á Geta, que era el segundo. Señaló los primeros años de su reinado con horribles crueldades contra los partidarios de Níger y de Albino; pero manifestó al pronto alguna benevolencia á los cristianos, contra quienes suscitó luego una dilatada y violenta persecucion.



LIBRO IV.

DESDE EL PRINCIPIO DEL SIGLO III HASTA LA PERSECUCION DE DECIO EN EL AÑO 250.

Ya estaba el cristianismo mucho tiempo hacia extendido por todo el imperio romano y aun entre las bárbaras naciones. Hallábanse fundadas Iglesias y existían una multitud de cristianos de toda edad y condicion, desde la Inglaterra y España, hasta la Scitia y las Indias. A mediados del siglo II notaba ya San Justino que se dirigian preces al Criador invocando el nombre de Jesucristo, no solamente entre los griegos, sino entre los bárbaros y scitas, que vivian errantes en carros ó habitaban en tiendas provisionales. Pocos años mas adelante hablaba Bardesanes de los cristianos despararamados en gran número y en muy opuestos climas, en las Galias, entre los Partos, en la Media, en la Persia y en la Bactriana. En semejantes términos se expresan acerca de los inmensos progresos del Evangelio, San Ireneo, Clemente Alejandrino, Tertuliano y Orígenes; porque era un hecho tan visible é incontestable, que los apologistas de la religion no dudaban de citarle á los paganos y judíos como una prueba de la divinidad del cristianismo. Los mismos paganos se quejaban de que sus templos se hallaban desiertos, y que las rentas para sostenerlos disminuian cada dia. Tan considerable era el número de los cristianos, que Tertuliano, en su apologia, dijo que les bastaba, para vengarse de sus perseguidores, ausentarse á otros paises, porque su retirada dejaria convertido aquel sitio en un desierto. Ellos llenaban las ciudades y los pueblos: multitud de ellos ocupaba todas las clases y empleos civiles y militares, forenses y senatorios, hasta los áulicos del palacio imperial: en fin, en todas partes se hallaban, menos en los templos.

Cuéntase entre los medios de que Dios se valia para obrar tantas conversiones, los milagros de los cristianos sobre todo, la excelencia de su virtud y la constancia y alegría que ostentaban en los tormentos. A pesar suyo admiraban los paganos aquella caridad perfecta que reinaba entre todos los fieles, el celo que los animaba para asistir á los pobres, á los enfermos y á los huérfanos, aquella abstraccion de los placeres pecaminosos y desprendimiento de todos los deseos terrenos; en una palabra, aquella inocencia de costumbres que brillaba en su conducta. Y cuando los veian sufrir con invencible paciencia los mas horrosos suplicios, procuraban cerciorarse del principio que causaba semejante generosidad: conocian lo absurdo de las calumnias propaladas contra ellos, y estudiaban el cristianismo, y en cuanto le comprendian, no tardaban mucho en amarle y abrazarle.